

Sobre la correcta denominación de los pueblos tracios del norte: dacios y getas.

Juan Ramón CARBÓ GARCÍA
Universidad de Salamanca

Resumen

El problema de la denominación de los pueblos tracios del norte ha estado presente en la historiografía desde los autores antiguos hasta la actualidad. Este problema, surgido de diferentes percepciones culturales y del desconocimiento de los autores griegos y romanos, se ha ido transformando en una cuestión de falta de rigor conceptual y terminológico. Mediante el análisis de las fuentes clásicas y de las características de la cultura de estos pueblos tracios del norte, el autor presenta una visión de la terminología que debe ser usada según los ámbitos de aplicación y de estudio: el ámbito étnico, el ámbito geográfico, el ámbito cultural y el ámbito político. Esta exposición pretende combatir el uso poco riguroso de esa terminología para acabar con la confusión y los errores que ha propiciado y sigue propiciando aún.

Abstract

The problem of northern Thracian people denomination has been present in the historiography from ancient authors to the present time. This problem, appeared by different cultural perceptions and by ignorance of Greek and Roman authors, has been converted in a question of conceptual and terminological rigour. By the analysis of classic sources and of these northern Thracian people culture's characteristics, the author shows a sight of terminology that must be used according to the fields of application and study: the ethnical field, the geographical field, the cultural field and the political field. This exposition pretends to combat the not much rigorous use of that terminology like a method to put an end to the confusion and the mistakes that it has propitiated and that it is still propitiating.

Palabras clave: terminología, denominación, confusión.

La cultura daco-geta es, sin duda, uno de los objetos de estudio más recurrentes entre los historiadores dedicados al estudio de la Antigüedad en el

territorio de la actual Rumanía. A principios del siglo XX se desarrollan los primeros intentos de síntesis sobre el tema y, hasta la actualidad, no han dejado de ver la luz otros estudios, de modo que la cultura daco-geta ha llegado a convertirse en un ámbito histórico bien conocido en Rumanía a pesar de que la reconstrucción histórica del mundo Antiguo sigue estando caracterizada por ciertas limitaciones¹. Las excavaciones arqueológicas han proporcionado y siguen proporcionando interesantes datos recogidos y publicados en diversos artículos y obras recopilatorias². De todos estos estudios se han hecho eco, en la Europa Occidental, algunos autores no rumanos, introduciendo breves capítulos sobre la cultura daco-geta en obras de síntesis generales sobre el Imperio Romano³.

Sin embargo, ya en las fuentes antiguas que tratan el tema encontramos un problema que ha persistido hasta la actualidad, mostrándose en las obras de gran cantidad de estudiosos rumanos y por extensión, de otros países. Este

1. Citaremos algunas de las obras de síntesis más importantes: V. PARVAN, *Getica. O protoistorie a Daciei*, Bucarest 1926; V. PARVAN, *Dacia: an outline of the early civilizations of the Carpatho-Danubian countries*, Bucarest 1928; C. DAICOVICIU, *La Transylvania dans l'antiquité*, Bucarest 1945; C. DAICOVICIU, M. MACREA, D. TUDOR, D.M. PIPPIDI y R. VULPE, *Istoria Romíniei*, vol. 1, Bucarest 1960; I.H. CRISAN, *Burebista and his time*, Bucarest 1978; V. DUMITRESCU y A. VULPE, *Dacia before Dromichaites*, Bucarest 1988; I.H. CRISAN, *Civilizatia geto-dacilor*, Bucarest 1993.

2. Hacer una selección de aquellos estudios más relevantes es una difícil tarea, pues siempre quedarán muchos en el tintero. Sin embargo, citaremos unos pocos de especial importancia en distintas décadas por sus interpretaciones y dada la orientación que hemos conferido a este artículo: R. VULPE, "La civilisation dace et ses problèmes à la lumière des dernières fouilles de Poiana, en Basse Moldavie", *Dacia* N.S. I (1957), pp. 143-164; M. BABES, "Problèmes de la chronologie de la culture géto-dace à la lumière des fouilles de Cîrlomanesti", *Dacia* N.S. XIX (1975), pp. 125-140; A. VULPE, "Nouveaux points de vue sur la civilisation géto-dace: l'apport de l'archéologie", *Dacia* N.S. XX (1976), pp. 19-21; M. BABES, "Le stade actuel des recherches sur la culture géto-dace à son époque de développement maximum (II siècle av. n. è - I siècle de n. è)", *Dacia* N.S. XXIII (1979), pp. 5-19; AA.VV., *Enciclopedia arheologiei si istoriei vechi a Romíniei*, I, A-C, Bucarest 1994.

3. Citaremos los ejemplos más conocidos: A. ALFÖLDI, "The Getae and the Dacians. Dacian civilization", *C.A.H.* 11, caps. 2.6 y 2.7 (1936), pp. 77-89; P. GRIMAL, *La formación del Imperio Romano*, en *El mundo mediterráneo en la Edad Antigua*, III, Madrid 1973; F. MILLAR, *El Imperio Romano y sus pueblos limítrofes*, en *El mundo mediterráneo en la Edad Antigua*, IV, (1ª ed. en alemán, Frankfurt 1966), Madrid 1990.

problema no es otro que el de la denominación de estos pueblos considerados como tracios del norte: nos estamos refiriendo a los dacios y a los getas.

En las obras de autores antiguos como Herodoto⁴, Estrabón⁵, Dión Casio⁶, Plinio el Viejo⁷, Apiano⁸, Trogo Pompeyo⁹ o Pomponio Mela¹⁰ aparece una entidad étnica entre los tracios del norte que va a desarrollar unos rasgos culturales, religiosos, políticos, sociales y económicos propios, configurándose como un pueblo con unos caracteres bien definidos que resultaban bien perceptibles para esos autores que vivieron en aquellos siglos. No obstante, algunos se referirán a esa entidad como “los getas” y otros, les darán el nombre de dacios.

Por su parte, en las obras de los estudiosos modernos aparece una confusión terminológica a la hora de referirse a estos pueblos tracios del norte ya mencionados por los autores antiguos, de modo que, en algunos casos, se ha llegado a denominarlos indistintamente con diversas formas compuestas, en muchas ocasiones con falta de rigor científico. Es sorprendente que se usen unos u otros de estos términos compuestos que veremos enseguida, según tendencias o falsos convencionalismos adoptados con una grave carencia de escrupulosidad, siguiendo muchas veces a otros autores que ya cayeron en el error en cuestión, al usar uno de los términos cuando el fenómeno al que se quería hacer referencia habría sido mucho mejor definido con otro de esos términos, a su vez desechado porque en esos momentos no es de uso corriente.

Pero claro, el problema no se puede entender si no nos remontamos a sus orígenes para intentar trazar un marco de visión aceptable de lo que los autores antiguos, griegos y romanos, percibían en los pueblos tracios del norte. Sólo de ese modo podremos dirigirnos después directamente al meollo de la cuestión y tratar de ver cuáles son los rasgos de ese problema en la historiografía moderna, estudiar sus causas y poder apuntar soluciones, no caprichosas y carentes de rigor, sino basadas en unos criterios bien definidos.

Para ello, por consiguiente, empezaremos revisando la información proporcionada por las fuentes clásicas sobre dacios y getas, para a continuación

4. Hdt. IV, 93.

5. Str. II, 5.30; VII, 1.3; VII, 3.12; VII, 3.13.

6. D.C., LXVII, 6,2.

7. Plin, *nat*, IV, 80-81.

8. Appianus, Prefacio, 4,15.

9. Pomp. Trog., *Iust*, XXXII, 3, 16.

10. Mela, II, 18-21.

estudiar brevemente las características de la unidad etnocultural de los tracios del norte, como una entidad bien diferenciada dentro del mundo tracio. Entonces ya nos hallaremos en disposición de realizar un estudio de las diferencias de denominación de dacios y getas, tanto en los autores griegos y romanos como en los autores modernos, buscando las causas de esas posturas distintas. Además, iremos aún más allá y se intentará profundizar en la existencia de esa misma diferenciación terminológica, también en los autores antiguos y en los modernos, a la hora de definir los espacios geográficos de la zona en cuestión en la Antigüedad.

Por último, sólo nos restará repasar las conclusiones obtenidas y mostrar la que, a nuestro entender, es la más correcta aplicación de los distintos términos en los diversos ámbitos: la diferenciación étnica, el ámbito cultural, el ámbito geográfico y el ámbito político de esa entidad diferenciada de los tracios del norte.

1. La información proporcionada por los autores antiguos

Las fuentes antiguas exponen de forma unánime que los getas y los dacios formaban un único y mismo pueblo, siendo las diferencias entre ellos de una naturaleza regional. El geógrafo griego Estrabón explica la diferencia en sus nombres y su situación geográfica:

“Hay también otra división del país que ha perdurado desde tiempos antiguos, de modo que algunos de los pueblos son llamados dacios, mientras que otros son llamados getas, aquellos que se inclinan hacia el mar y hacia el este, y los dacios, aquellos que se inclinan en dirección opuesta, hacia Germania y las fuentes del Ister¹¹. Los dacios, en mi opinión, fueron llamados Daï en tiempos antiguos, como los nombres de esclavo <Geta> y <Daüs>, los cuales prevalecieron entre los pueblos áticos”¹².

Esto implica que los dacios tenían ya una tradición histórica en el tiempo de los primeros registros documentales, tan vieja como la de los getas. En el párrafo siguiente¹³, bajo la definición del Danubio, establece una parcelación de los dacios y los getas y, además, aporta un dato interesante sobre el mismo lenguaje hablado por ambos pueblos tracios:

“Usan el término Danuvius para denominar la parte alta del río, cerca

11. Ister = Danubio. Ver más adelante.

12. Str. VII. 3.12.

13. Str. VII. 3.13.

*de sus fuentes, hasta las cataratas, la parte que fluye principalmente a través del territorio de los dacios, aunque ellos dan el nombre de Ister a la parte baja de las cataratas hasta el mar, la parte por la que fluye a través del territorio de los getas. El lenguaje de los dacios es el mismo que el de los getas. Entre los griegos, sin embargo, los getas son mejor conocidos, porque las migraciones que hacen a ambos lados del Ister son continuas y porque están entremezclados con los tracios y mysios*¹⁴.

Es verdad que Estrabón hace una diferenciación geográfica, no étnica, entre dacios y getas, pero, a la vez, precisa que esta división es más antigua, dejando sobreentender, quizás, que no se considera obligado a utilizarla. Más aún, Estrabón prueba que, en la práctica, él no utiliza la distinción que ha mencionado. Cuando se refiere al río Ister¹⁵, dice que deja a su izquierda la entera Germania, a partir del Rin, así como todas las comarcas de los getas. Más adelante¹⁶, precisa esta información:

“Algunos de los suevos habitan el Bosque Hercinio, y también, junto a él, lindan los getas”.

Esto es, que el Danubio deja a su izquierda regiones pertenecientes a los getas, como eran la Eslovaquia y el Bánato, zonas occidentales de la Dacia habitadas, según él mismo, por los dacios, pero es que los getas que lindan con los suevos junto al Bosque Hercinio no son otros que los dacios de Eslovaquia. En conclusión, podemos afirmar que Estrabón los designa a todos por el nombre de getas simplemente porque éste era el nombre étnico utilizado preferentemente en la historiografía helénica para designar al conjunto de los pueblos tracios del norte.

Ya Herodoto había mencionado por primera vez a los getas en relación con la expedición de Darío contra los escitas¹⁷:

“Antes de llegar al Ister, Darío sometió previamente a los getas, que se creen inmortales... que son los tracios más valerosos y justos”.

Sin embargo, por entonces, los getas vivían entre los Balcanes y el Danubio y, posteriormente, se verían obligados a cruzar el Danubio y a confundirse con los dacios, los cuales, en tiempos de la expedición de Darío, eran la base de población autóctona (también de origen tracio, como los getas) del

14. Se refiere a los pueblos tracios del sur, entre los cuales estaban los mysios, que posteriormente serían llamados moesios.

15. Str. II. 5.30.

16. Str. VII. 1.3.

17. Hdt. IV, 93.

espacio cárpato-danubiano, sobre el que se habían asentado en el siglo VI a.C. los dominadores escitas agatirsos, provenientes de las llanuras del norte del Mar Negro¹⁸.

La parcelación geográfica proporcionada por Estrabón es corroborada por el historiador Dión Casio¹⁹:

“... y llamo dacios al pueblo mencionado antes, por la forma que usan ellos para llamarse a sí mismos y tal como les denominan también los romanos, aunque, yo sé muy bien que algunos griegos los llaman, recta o equivocadamente, getas. Sé igualmente que los getas viven al otro lado de los Haemus²⁰, a lo largo del Ister”.

El historiador griego Apiano nos muestra también esa parcelación geográfica que parece distinguir a dacios y getas, estableciendo esa frontera en el curso fluvial del Danubio, pero hace de esa distinción algo dependiente de la denominación, según sean griegos o romanos los que a ellos se refieran:

“...los getas de más allá del Ister, a los que los romanos llaman dacios”²¹.

El historiador romano Trogo Pompeyo va aún más allá, exponiendo una información no mencionada anteriormente y que se refiere a un ascendiente de los getas respecto a los dacios, de modo que, según él, no sólo los getas tendrían un origen tracio, sino que los dacios tendrían un origen geta:

“los dacios también son un (pueblo) vástago de los getas”²².

No obstante, la información proporcionada por Estrabón implica, como ya hemos visto, que los dacios tenían ya una tradición histórica en el tiempo de los primeros registros documentales, tan vieja como la de los getas. Ambas ramas septentrionales de los tracios habrían evolucionado desde un mismo origen que debemos buscar en los tracios del sur, aunque desde el momento de su asentamiento en zonas geográficas diferenciadas, su evolución corre pareja pero de modo distinto.

Plinio el Viejo también nos habla de que los dacios habían sido arrojados hacia las montañas y los bosques, y nos expone la confusión romana entre los getas y los dacios, al hablar de algunos pueblos que han ocupado las tierras

18. Hdt. IV, 102-125: Hacia el 514 a.C., se produce en la zona una expedición de Darío, hijo de Hystaspes, contra los escitas

19. D.C. LXVII, 6,2. Traducción propia al castellano de la edición inglesa de Earnest Cary, Londres, 1955.

20. Los montes Balcanes.

21. App., *Prefacio*, 4, 15.

22. Pomp Trog, *Iust*, XXXII, 3, 16.

adyacentes a la costa del Mar Negro, haciendo de esta confusión una mera distinción nominal del mismo pueblo, al compararla con la de otro pueblo asentado en la zona :

“por un lado, los getas, llamados dacios por los romanos”²³ (...) “por otro lado, los sármatas, llamados sauromatas por los griegos”.

Para finalizar, Pomponio Mela ni siquiera menciona a los dacios al hablar de la zona geográfica que nos ocupa, pero nos muestra la existencia de distintas tribus de origen tracio en estos lugares:

“Una sola etnia, los tracios, la habita, unos provistos de unos nombres y costumbres, otros de otros nombres y costumbres. Algunos son salvajes y muy dispuestos a la muerte, sobre todo los getas”²⁴.

Dión de Prusa escribió una obra sobre estos pueblos tracios del norte que llamó *Τὰ Γετικά*, pero lamentablemente, no ha llegado hasta nuestros días. Aun así, el nombre de la obra ya nos puede indicar la denominación que usó para referirse a ellos.

El panorama resultante de este cúmulo de informaciones basadas en percepciones de carácter muy diferente es, cuando menos, confuso, lo cual nos da una idea general bastante desalentadora a la hora de esbozar un marco de claridad que nos permita desarrollar las pautas de una diferenciación entre dacios y getas desde la que poder partir posteriormente, cuando intentemos trasladar esas pautas diferenciales a la terminología usada en la historiografía moderna. Pero antes, como ya hemos avanzado, nos detendremos en un breve repaso de esa unidad etnocultural de los tracios septentrionales, para dejar bien expuesto su carácter diferenciado dentro del mundo tracio.

2. La cultura de La Tène entre dacios y getas

Con toda probabilidad, los dacios y getas habían constituido una unidad etnocultural diferenciada dentro del mundo tracio, habiendo conformado sus rasgos étnicos, sociales y religiosos mucho tiempo antes de que Herodoto hubiese oído hablar de los getas. Es una cuestión aún pendiente cuándo y cómo cristalizó y se individualizó la rama de los tracios septentrionales. Si en la Edad del Bronce estos pueblos pueden ser denominados como “antiguos tracios”, desde finales de

23. Plin, *nat*, IV, 80-81. Traducción propia al castellano de la edición inglesa de H. Rackham, Londres 1961.

24. Mela, II, 18-21.

esta Edad hasta el Medio Hallstatt, es decir, desde el siglo XIV hasta el VIII a.C., podrían ya denominarse “antiguos daco-getas o geto-dacios”²⁵.

Confirmando las fuentes literarias, la evidencia proporcionada por la arqueología demuestra que los getas fueron los primeros, entre los tracios septentrionales, que crearon una cultura propia del tipo La Tène²⁶, incluso antes de la penetración de los celtas, a mediados del siglo V a.C., mientras que las otras tribus tracias, entre ellas los dacios, continuaban en el período tardío de Hallstatt hasta finales del siglo IV a.C., aproximadamente. Hay que tener en cuenta que, para la formación de la cultura de La Tène daco-geta, los getas de la zona istriopónica jugaron un papel importante, ya que estaban estrechamente ligados a los tracios meridionales, estaban afectados por la influencia griega e, incluso, mantenían relaciones con los escitas del norte del Mar Negro, todo lo cual hizo posible que crearan una cultura original propia del tipo La Tène, difundiendo los elementos de esta nueva cultura hacia los vecinos dacios de las montañas y los bosques, de modo que, cuando alcanzamos la época de la unidad política del siglo I a.C., en todo el espacio cárpato-danubiano-pónico son visibles ciertos rasgos peculiares de esa cultura que, como ya hemos avanzado, ha sido denominada La Tène daco-geta²⁷.

Los dacios, procedentes de los montes de la Transilvania, y los getas, del norte de la Moldavia y, quizás, también de la Oltenia, extendidos hacia el este y hacia el oeste, tuvieron un particular desarrollo desde el siglo V a.C., principalmente. Nos encontramos, pues, con que la historia de estos pueblos tracios del norte se desarrolla en el espacio cárpato-danubiano, desde el curso medio del Danubio, el norte de los montes Balcanes y la costa occidental del Mar Negro²⁸. La evidencia arqueológica nos muestra que la Transilvania cambió de dominadores en el siglo VI a.C., produciéndose la entrada de pueblos escitas procedentes del norte del Mar Negro. La intrusión de elementos locales refleja la absorción gradual de los conquistadores escitas por los pobladores nativos de origen tracio. Estos conquistadores eran los agatirsos, de los que ya hemos visto

25. M. BABES, “Problèmes de la chronologie de la culture géto-dace à la lumière des fouilles de Cîrlomanesti”, *Dacia* N.S. XIX (1975), pp. 125-140.

26. I. BERCIU, “A propos de la genèse de la civilisation de La Tène chez les Géo-Daces”, *Dacia* N.S. I (1957), pp. 133-141.

27. P. GRIMAL, *La formación del Imperio Romano*, en *El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, III*, Madrid 1973, p. 255.

28. Consultar mapa adjunto al final del artículo.

que nos habla Herodoto²⁹ y que tenían su lugar en la organización tribal de los escitas, constituyendo una de las tres partes en las que el pueblo escita fue dividido y que también formaba el entramado de sus instituciones religiosas. La influencia tracia fue profunda y, en apenas dos generaciones, se produjo en gran medida una asimilación entre los dominadores y los sometidos.

Durante el siglo IV a.C., los celtas fueron llegando a Transilvania de un modo intermitente, hasta que se produjo una invasión real que acabó por establecer allí la cultura de La Tène. Los celtas, del mismo modo que habían hecho los escitas, fueron los agentes de una influencia represiva sobre los habitantes indígenas de la zona occidental de los Cárpatos, pero sin llegar a destruirlos ni a expulsarlos de aquellos territorios, por lo cual, acabaron siendo absorbidos también por los dacios de Transilvania en la primera mitad del siglo I a.C.³⁰ La densidad de la cultura de La Tène es bastante fuerte en la región, pero hacia los Cárpatos orientales y hacia la desembocadura del Danubio, las ocupaciones son de duración más corta, resultando más débiles. Los indígenas, dacios y getas, han adoptado modelos y técnicas, según revelan los estudios del material hallado en las tumbas, entre el siglo III a.C. y mediados del siglo I a.C., con lo que resulta difícil demostrar la presencia celta en una zona tan alejada³¹.

Es en el siglo III a.C. cuando comienza el desarrollo de la sociedad de los pueblos tracios septentrionales y su progreso a la civilización, marcado por la transición desde la cultura de Hallstatt a la cultura de La Tène y, sobre todo, por la generalización de ésta última, que se caracteriza principalmente por avances sustanciales en relación con el período inmediatamente anterior, materializados en un uso muy extendido de la metalurgia del hierro, utensilios y armas de hierro, el desarrollo de las artesanías, el torno de alfarero, la emergencia de la aristocracia tribal y la intensificación de los intercambios comerciales. Con estas características, la cultura de estos tracios del norte recibirá el nombre de La Tène dacogeta³², en cuya formación y desarrollo jugaron un importante papel los celtas, siendo suyo el mérito de haber alcanzado la integración del espacio de los

29. Hdt. IV, 102-105.

30. P-M. DUVAL (ed.), *Los celtas*, en *El Universo de las formas*, Aguilar, Madrid 1977, p. 18 ss.

31. *Ibidem*.

32. D. BERCIU, "A propos de la genèse de la civilisation de La Tène chez les Gétodaces", *Dacia N.S. I* (1957), pp. 133-141.

tracios del norte en el área de la cultura de La Tène en Europa³³.

Este fenómeno influirá posteriormente en la romanización de Dacia y por tanto, en la propia formación del pueblo rumano. A juzgar por los elementos básicos y defintorios de esta cultura, representa una creación independiente, con una sustancia indígena siempre presente y sobre la cual se desarrollaron las diferentes influencias exteriores, siendo entre ellas, la celta, la que tomaría una preponderancia incuestionable. Estas influencias vinieron, de este modo, de los griegos, helenísticos, tracios del sur, illirios, escitas e incluso romanos, de forma que contribuyeron al surgimiento y configuración de esa cultura, la cual, hacia el fin del siglo II a.C., alcanzaría el nivel de la civilización celta contemporánea.

El estudio de las tumbas descubiertas en las necrópolis célticas revela el hecho de que los dacios y los celtas vivieron juntos en el espacio de la Transilvania. Las tumbas dacias son diferenciadas mediante la presencia en ellas de cierta alfarería funeraria e igualmente por otras particularidades de los mismos ritos funerarios. Dacios y celtas eran enterrados juntos en las mismas necrópolis y esto es una prueba de una simbiosis entre los dos elementos étnicos, uno celta y el otro, tracio del norte, constituido por los dacios³⁴. Podemos presuponer, asimismo, una serie de préstamos de material y de bienes espirituales, con influencias recíprocas. Tras esos dos siglos, el elemento celta se hallaba enteramente asimilado a la masa de la población autóctona y su presencia aceleró el crecimiento de la cultura material de los tracios del norte, así como su desarrollo socio-económico y espiritual³⁵.

El período de La Tène se caracteriza también por un incremento de las transacciones comerciales, intensificándose las importaciones. A través del siglo II a.C., se observa en el territorio que nos ocupa un aumento del número de bienes importados desde los mundos helenístico, romano y céltico, así como una sustancial mejora de su calidad. La circulación de monedas es una prueba

33. V. PARVAN, *Getica. O protoistorie a Daciei*, Bucarest 1926, p. 459 ss; la exactitud de esta tesis de Pârvan ha sido subrayada posteriormente por otros autores que han tratado la formación de la cultura de La Tène daco-geta, como Constantin Daicoviciu, Ion-Horatiu Crisan, Mircea Macrea, Dumitru Tudor o Radu Vulpe y en la actualidad, es comúnmente aceptada.

34. V. SIRBU, "Rituels et pratiques funéraires des Géo-Daces (II siècle av. n. è.- I siècle de n.è.)", *Dacia* N.S. XXX (1986), pp. 91-108.

35. D. BERCIU, *op. cit.*, pp. 137 ss.

incuestionable de esta intensificación comercial³⁶.

El desarrollo del comercio, junto con el de las fuerzas productivas, traerá cambios en las relaciones de producción e, igualmente, un corte en la sociedad, que se dividirá en clases antagónicas. El conflicto social elevará a la sociedad de los tracios del norte, dacios y getas, a una organización superior, de carácter estatal. Los cambios socio-políticos profundos originados por el rápido desarrollo de la sociedad en la segunda mitad del siglo II a.C. llevarán, a comienzos del siglo siguiente, a la emergencia de un poder centralizado encabezado por Burebista. Las diferencias en el nombre no son de una naturaleza que sirva para cuestionar la identidad étnica de los dacios y de los getas, hecho obvio dada la unidad de sus formas de cultura material en todo el espacio geográfico al que nos referimos³⁷.

A mediados del siglo I a.C., los getas del sur del Danubio fueron incorporados al gran reino dacio de Burebista, mientras que los getas del norte del Danubio y de las costas noroccidentales del Mar Negro quedaron expuestos a los ataques de pueblos como los escitas y los cimerios, y sabemos poco de su destino con ellos. Así, mientras los pueblos de las estepas del norte y noroeste del Mar Negro combatían por su supervivencia, los dacios, con los getas del sur, se hacían fuertes en las rocosas fortalezas naturales de los Cárpatos y Transilvania³⁸.

Según los historiadores rumanos modernos, el período de apogeo de la historia de la cultura daco-geta está representado por el Estado de Burebista, en el siglo I a.C. A este período se le conoce como la “época daco-geta clásica”, llegando, en los diez años que van del 61 al 51 a.C., a la gran expansión que tuvo lugar bajo Burebista. La forma política avanzada de organización estatal desarrollada en el espacio cárpato-danubiano con este rey daco-geta resultó del continuado proceso de desarrollo de la sociedad en la cultura de La Tène daco-geta, cuyos rasgos fundamentales, conformados por un cúmulo de influencias externas, hemos ido viendo hasta aquí.

36. Acerca de la circulación monetaria en el territorio de los daco-getas: B. MITREA, “Unitatea Geto-Dacâ reflectată în monetaria dacâ”, *Analele Universitatii Bucuresti*, XVIII (1969), pp. 11-17; M. CHITESCU, “Copii si imitatii de denari romani în Dacia”, *Memoria Antiquitatis* IV (1971), p. 217 ss.; I. GLODARIU, “Consideratii asupra circulatiei monedei straine în Dacia (sec II î. e. n. – I e. n.)”, *AMN* 8 (1971), pp. 71-90; C. PREDA, *Monedele geto-dacilor*, Bucarest 1973; O. FLOCA, “La circulación monetaria en el territorio de los daco-getas”, *Rumania, páginas de historia* IV (1979/1), pp. 51-62.

37. I.H. CRISAN, *Burebista and his time*, Bucarest 1978, pp. 76 ss.

38. A. ALFÖLDI, “The Getae and the Dacians. Dacian civilization”, en *C.A.H.* 11, caps. 2.6 y 2.7 (1936), pp. 80-81.

Podemos, entonces, hablar de tracios del norte y de tracios del sur como entidades de características diferenciadas. Los primeros, dacios y getas, recibirán en la historiografía moderna la denominación compuesta de daco-getas o geto-dacios, que enseguida analizaremos, mientras que los tracios meridionales, entre los que se contaba un número destacado de pueblos, recibirán la denominación genérica de tracios, para diferenciarlos de sus hermanos del norte, de la zona cárpato-danubiano-póntica³⁹.

3. Las diferencias de denominación de dacios y getas

Los nombres de “Getas” (griego: Γεταί; latín: getae) y “Dacios” (griego: Δάκιοι; latín: daci)⁴⁰ fueron usados por escritores griegos y romanos para designar a los tracios del Bajo Danubio (getas) y a las tribus que vivían en las partes más occidentales y centrales del espacio cárpato-danubiano (dacios). Hay ejemplos en los que los términos “getas” y “dacios” son usados indistintamente o para designar a los daco-getas de toda la Dacia⁴¹.

La información que recabaron los historiadores y geógrafos de la Antigüedad sobre los pueblos que poblaban el espacio cárpato-danubiano-póntico

39. Str. VII, 3.8. El geógrafo griego muestra esta diferenciación geográfica y de denominación entre los tracios del norte y los del sur, al hacer referencia a la victoria de Dromichaetes, rey geta, sobre Lisímaco, general de Alejandro Magno y ya por entonces rey de Tracia, alrededor del año 300 a.C.

40. En cuanto a la etimología del nombre de los dacios, hay distintas teorías, pero ninguna de ellas resulta plenamente convincente, como apuntan V. DUMITRESCU y A. VULPE, *Dacia before Dromichaites*, Bucarest, 1988, p. 85. En primer lugar, el etnónimo dacio estaría relacionado con el término *daos* (lobo, en frigio), sugiriendo un origen totémico del nombre de los dacios que tendría que ver con el dragón de cabeza de lobo que llevaban los ejércitos de Decébalos en las guerras contra Trajano. Sin embargo, este tipo de banderas no era sólo típica de los dacios y encontramos estandartes similares entre los escitas e incluso entre los mismos romanos, que utilizaban los estandartes escitas para dar colorido a los espectáculos de la *hipica gimnasia*, los deportes de la caballería, que no diferían demasiado de los torneos medievales. Otra hipótesis defiende que el etnónimo *dac* estaba relacionado con *daos*, apelación dada a los esclavos por el escritor de comedias ateniense Menandro, del siglo IV a.C. Según otros autores, el cambio fonético de *daos* a *dakos* resulta muy dudoso.

41. Crit. *Hist.*; Critón, físico griego de Trajano (que había escrito también una historia de las guerras dacias) tituló su obra *Getica* y denominó a Decébalos como “líder de los getas”, cuando en realidad era rey de los dacios.

fue evolucionando con el paso del tiempo, de modo que pudo dar lugar a este tipo de situaciones, por otra parte cuestionables, como es el caso de la extensión del nombre de los getas a los dacios y viceversa. Si tenemos en cuenta la distribución geográfica ya comentada, es fácil darse cuenta de que los griegos, desde el sur y desde la costa del Mar Negro, tuvieron primero contacto con los getas que habitaban al sur del Danubio y, posteriormente, con los que vivían al norte del río⁴², mientras que los romanos entraron en contacto con los habitantes de la parte occidental del territorio que nos ocupa, esto es, los dacios⁴³. Las primeras pruebas documentales sobre los nombres de dacios o de getas⁴⁴ provienen de diferentes momentos, separados por varios siglos, con lo cual, sería errónea la suposición de la existencia de una ruptura en el desarrollo histórico de estos pueblos tracios que habitaban esa zona geográfica.

Se puede concluir, pues, que desde el siglo VII a.C., se puede hablar de los getas y de los dacios en el significado proporcionado por las fuentes antiguas ya comentadas, esto es, los getas del Danubio Inferior, desde el siglo VII al I a.C., y de los dacios de los Cárpatos, en los actuales territorios geográficos de Transilvania, la Crisana y el Banato, incluso antes de finalizar el siglo II a.C., cuando hemos visto que son realizados los primeros registros de los dacios. Al principio, habían sido nombres colectivos de tribus que se expandieron más tarde. Dacios y getas estaban interrelacionados, estaban divididos, como los celtas, en bastantes tribus, hablaban la misma lengua, sólo con variaciones locales, y eran de origen tracio⁴⁵. Como el significado exacto de los nombres de “dacios” y “getas” es aún desconocido y como las diferencias eran geográficas, más que étnicas, la historiografía rumana ha acordado que la población nativa de la unidad

42. V. DUMITRESCU y A. VULPE, *Dacia before Dromichaites*, Bucarest 1988, p. 85: la primera información sobre los getas, ya comentada, data del fin del siglo VI a.C., cuando Herodoto relata la guerra de Darío contra los escitas: Hdt. IV, 93.

43. *Ibidem* : la evidencia más antigua la proporciona Julio César: Caes, Gall, VI, 25; mientras que otro escritor, Frontino, del siglo I d.C., menciona a los dacios en relación con las incursiones romanas en los territorios del Danubio a finales del siglo II a.C.: Frontin, strat, II, 4,3. Por la situación geográfica de griegos (incluyendo las ciudades del Mar Negro), por una parte, y de los romanos, por otra, respecto al espacio cárpato-danubiano-pónico, resultan bastante evidentes estos primeros contactos de los primeros con los getas del Danubio Inferior y de los segundos con los dacios, pobladores de la zona occidental de los Cárpatos.

44. Ver notas 42 y 43.

45. Como los moesios, los crobiscos o los triballos.

geográfica que nos ocupa debería recibir el nombre de daco-getas o geto-dacios, preferentemente⁴⁶. Lo que se debe evitar es el uso indiscriminado e indistinto de estos términos, tan presente igualmente en la historiografía rumana de este siglo como lo fue con los términos de dacios y getas entre los autores de la Antigüedad que ya hemos revisado. Debemos precisar, pues, cuándo es más conveniente y riguroso utilizarlos, dependiendo del tratamiento u orientación que se esté dando al estudio en cuestión.

Por otro lado, el problema de la denominación de los pueblos tracios septentrionales como dacios o getas se extendió al afectar igualmente a la denominación del espacio geográfico propio de estos pueblos.

El espacio conjunto cárpato-danubiano-póntico había sido un crisol permanente de los dacios y getas, lo que es corroborado completamente por la evidencia arqueológica, y sin duda, hubo tiempos en los que estas tribus tracias del norte se expandieron más allá de los límites de este área, de igual modo que pueblos extranjeros se instalaron en sus territorios, formando sus propios enclaves temporalmente, que, como hemos visto ya, serían asimilados o aniquilados por los dacios o los getas (escitas agatirsos, celtas, bastarnos...).

El nombre de Dacia es registrado como tal por las fuentes latinas en el siglo I d.C.⁴⁷ De igual modo, nos encontramos con el nombre de Getia, acuñado para las tierras de los getas⁴⁸. Por Dacia, los autores latinos se referían a los territorios del norte del Danubio, ya que, en su tiempo, la región entre los montes

46. S. PALIGA, "La divinité suprême des Thraco-Daces", *Dialogues d'histoire ancienne*, 20-2 (1994), pp. 137-150. Este autor incluye los términos "traco-dacios", "daco-tracios", "geto-tracios" o "daco-geto-tracios" para ampliar el abanico terminológico descriptivo de las tribus tracias del norte. Sin embargo, no especifica en qué momentos se debe usar uno u otro de estos términos, con lo cual, lo único que hace a este respecto es revolver más aún un río ya de por sí revuelto.

47. Plin, *nat*, I, 47; posteriormente, Tac, *Agr*, 41,2.

48. Por citar algunos ejemplos, entre los autores antiguos tenemos a Critón, con su *Gética*; la obra perdida de Dión de Prusa, *Τα Γετικά*; o a Jordanes, refiriéndose a "Gothia", queriendo referirse al espacio geográfico de los getas, cuando en realidad está narrando la historia de los dacios: Iord, *Get*, 67. Todo ello da una imagen perfecta de la confusión en tiempos antiguos; entre la historiografía contemporánea, por otro lado, tenemos a V. PARVAN, *Getica. O protoistorie a Daciei*, Bucarest, 1926, título en el que se muestra de nuevo una clara contradicción al definir el espacio geográfico como Gética para luego referirse a los dacios, en vez de a los getas. Resulta evidente que un mayor grado de rigor en el uso de la terminología contribuiría de forma muy destacada a la clarificación del confuso panorama que sigue presentándose.

Balcanes y el Danubio, las Moesias, ya había sido ocupada por los romanos. Sin embargo, debemos hacer notar que no hay ningún uso de este término para el completo espacio de los tracios del norte, y aunque algunos autores rumanos, como el propio Vasile Pârvan, hayan adoptado el uso de Dacia para referirse al espacio cárpatodanubiano y designar las tierras de los getas y de los dacios, debemos tener en cuenta que este término geográfico, acuñado por los autores latinos, se refería, en los momentos de su acuñación, a la Dacia de Decébalos, esto es, el espacio de los Cárpatos, y en la conquista romana, a ese mismo territorio y al comprendido entre el sur de los Cárpatos y el Danubio, donde sí habrían llegado los getas, pero en ningún caso al Danubio Inferior, donde no estarían presentes los dacios, de ningún modo, sino los getas. Esta última área geográfica estaría mejor denominada bajo el nombre de Gética y, posteriormente, bajo la dominación romana, recibiría el nombre de Moesia.

4. Conclusiones

Hasta aquí hemos venido observando las características del problema que centra el foco de atención de este estudio, un problema que, mediante el estudio de las fuentes antiguas y de los autores modernos, hemos comprobado que sigue presente después de tanto tiempo, aunque con características diferentes, en la moderna historiografía rumana. Hemos visto que la diferenciación entre dacios y getas era de índole geográfica, más que étnica, pues ambos pueblos tenían un origen tracio y estaban muy relacionados entre sí. Asimismo, a través del estudio de la cultura de estos pueblos tracios del norte se ha podido comprobar igualmente que formaban una unidad etnocultural bien diferenciada del mundo tracio que se traslada al terreno de la denominación terminológica: ya no serán denominados tracios, sino daco-getas o geto-dacios, o se usarán algunas otras variantes mucho más complicadas como traco-dacios, traco-getas, traco-geto-dacios, traco-daco-getas, daco-tracios, geto-tracios... La variedad de combinaciones sería muy grande, pero este abanico de posibilidades no responde a un verdadero rigor descriptivo, como ya hemos apuntado⁴⁹.

La inclusión del término “traco” junto a “dacios” y/o “getas” parece responder a un intento por recalcar el origen tracio de estos pueblos, pero aparte de ser un dato ya conocido cuando tratamos de estos pueblos, tal inclusión sólo complica aún más, con sus múltiples variantes combinatorias, los intentos por

49. Ver nota 46.

adoptar una terminología sencilla, concreta y rigurosa. Por otro lado, no cabe duda que el término “tracios” queda reservado para los pueblos que habitaban el espacio geográfico conocido como la Tracia, esto es, los tracios del sur. Desde el momento en que, como se ha señalado, dacios y getas configuran una unidad etnocultural diferenciada, referirse con el término “tracio” a cualquier ámbito concerniente a estos pueblos, que no sea el de su antiguo origen étnico, no deja de ser un grave error que, aparte de las consecuencias directas para aquel que pueda caer en él, puede arrastrar tras de sí a otros investigadores⁵⁰, atravesando esa peligrosa línea imaginaria que existe entre la falta de rigor, en este caso de carácter terminológico, y el error científico, que acaba conduciendo, si no es remediado, a una información falsa jamás deseada por ningún estudioso.

Pues bien, ya que hemos señalado ciertas diferencias entre los pueblos tracios del norte con los del sur, y también entre los dacios y los getas, la aplicación de las diversas variantes terminológicas deberían adaptarse en el mayor grado posible a estas diferencias, en cada uno de los ámbitos a los que se refiera la investigación.

En el ámbito étnico, podemos referirnos a dacios y getas como tracios del norte, mientras que el resto de tribus de origen tracio comprenderían los pueblos tracios meridionales. Asimismo, como entidad diferenciada de los tracios del sur, podemos referirnos a ellos como daco-getas o geto-dacios, mientras que los pueblos meridionales recibirían la denominación genérica de tracios.

En el ámbito geográfico, ha quedado bien definida la diferencia entre la Dacia, en el interior de los Cárpatos, la Gética, en torno al bajo Danubio, y la

50. Un ejemplo interesante de este fenómeno nos lo muestra J.M. BLÁZQUEZ, “El Estado de Burebista y los pueblos de la Península Ibérica en época helenística. Semejanzas y diferencias”, *Gerión* 5 (1987), pp. 195-209, que refleja el error del autor del libro cuya lectura le inspira su artículo, I.H. CRISAN, *Burebista and his time*, Bucarest 1978. Se refiere a Burebista como “rey tracio” y apunta que “creó un estado que unió a los daco-getas y al reino de Tracia, a ambas orillas del Danubio”. Consecuentemente, deberíamos entender, con esta información, que Burebista era el rey de Tracia y que consiguió formar un estado unificando también en torno suyo a los daco-getas del norte. Hasta aquí, nada que objetar, pero el problema reside en que Burebista era un rey dacio que unió en torno suyo a dacios y getas, por consiguiente, a los daco-getas, en un estado, para después extender sus conquistas hacia las costas del Mar Negro y el reino de Tracia (de los tracios del sur), entre otros lugares. La diferencia entre ambas informaciones e interpretaciones, propiciadas por una terminología distinta, es palpable y el error consecuente tiene un carácter bastante grave.

Tracia, situada más al sur, hacia el Helesponto y hacia Macedonia. Sin embargo, hay momentos en la historia de estos pueblos en los que unos se extienden hacia los territorios de los otros, como ocurre en el caso de los dacios bajo el reinado de Burebista. En estos momentos no se amplía la Dacia, sino el territorio de los dacios, que pasa a denominarse “territorio de los daco-getas”, ya que éstos se unen a sus hermanos de las montañas siguiendo a Burebista en sus conquistas. El término de “territorio geto-dacio” ya no resulta tan apropiado, dado el carácter predominante de los dacios, que por ello deberían figurar delante en la denominación. Menos apropiado aún sería el término de “territorio daco-geto-tracio”, ya que los tracios del sur son incorporados no por unificación, sino por conquista, como otros pueblos celtas, y no deben aparecer por consiguiente en la denominación del territorio expandido de los daco-getas.

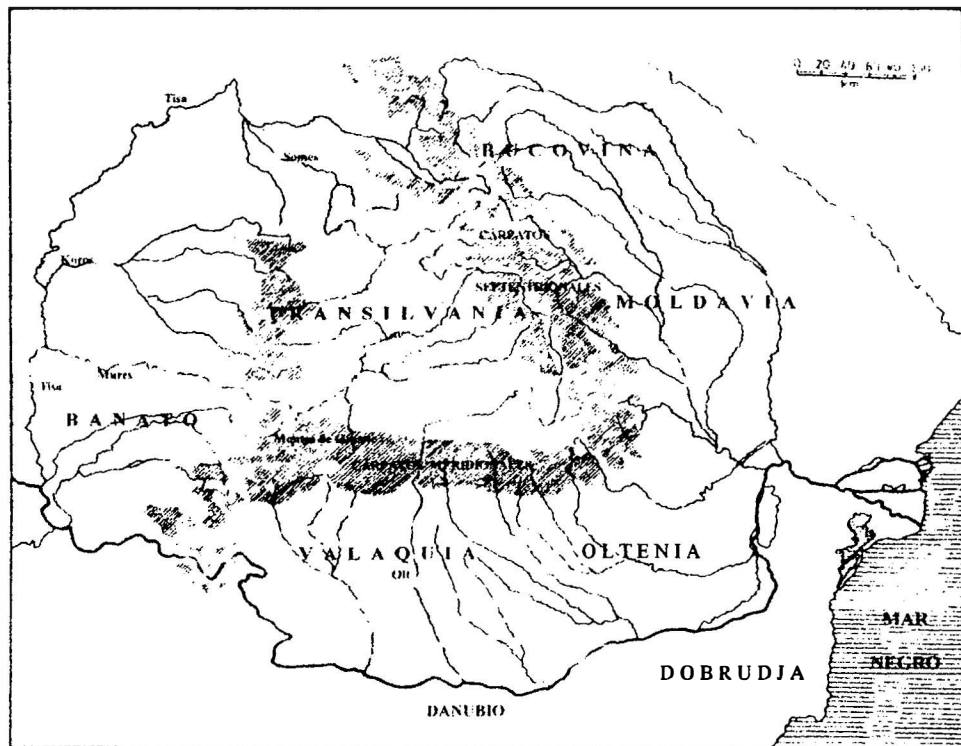
En el ámbito cultural, la referencia vuelve a ser de “daco-geta” o “geto-dacia”, pero no de forma indistinta, pues existen algunos matices temporales. Como hemos visto a lo largo de las páginas anteriores, hay un primer momento en que la cultura de los getas tiene un fuerte ascendiente sobre la de los dacios, ejerciendo una notable influencia. En este momento, se podría hablar de cultura geto-dacia, pero posteriormente, son los dacios de las montañas, gracias a un contacto más fuerte con los celtas y la cultura de La Tène, los que tendrán un ascendiente cultural sobre los getas, de modo que la cultura resultante, cuyas características hemos revisado también, debería denominarse preferentemente “La Tène daco-geta”, aunque algunos autores optan por “La Tène geto-dacia”. Esta terminología alternativa sería válida siempre que se usara por unas razones justificadas y rigurosas, pero desgraciadamente se utiliza sin esa justificación y rigurosidad, cuando el estadio cultural de los dacios ya se halla bastante por encima del de los getas.

En el ámbito político, finalmente, es donde la situación debería de estar más clarificada, usando una terminología u otra a partir del origen de la entidad política en cuestión, ya sea un estado, un gobernante, etc... Entre los pueblos tracios septentrionales, la unidad política se vio propiciada, en el siglo I a.C., por Burebista y los dacios, por lo que siempre debemos referirnos a ella como “unidad de los daco-getas” o “reino daco-geta”, y no como “geto-dacio”, en cualquier caso. En ningún momento se puede hablar tampoco de reino “traco-dacio”, “traco-daco-geta” o “traco-geto-dacio”, ya que, en el ámbito político, Tracia era un reino aparte que no tenía nada que ver con los daco-getas y que fue conquistado, al menos en parte, por éstos. Incluir el término “traco” en esa terminología resaltaría una inexistente predominación del elemento político del reino de Tracia en esa unidad

de Burebista, cuando en realidad fue únicamente un reino conquistado⁵¹.

Con todo lo expuesto, parecen estar sentadas las bases para una utilización metódica y rigurosa de la terminología usada para la denominación de los pueblos tracios del norte. Ahora, es tarea de los autores modernos evitar el uso indiscriminado, indistinto y poco o nada riguroso de esa terminología, con el fin de reparar un problema que ha estado presente en la historiografía desde la Antigüedad hasta nuestros días y que lamentablemente sigue dando sus frutos: la confusión y el error.

51. Podríamos exponer un ejemplo clarificador al repasar brevemente las características de los tres reyes más importantes de los pueblos tracios del norte: Dromichaetes, Burebista y Decébalos. El primero era un rey geta y se enfrentó, consiguiendo una sonada victoria, al rey de Tracia, Lisímaco, según nos muestra Estrabón: Str. VII, 3.8. El segundo era en origen un rey dacio y acabó por ser rey de los daco-getas. En este caso, si hubiera sido geta, posteriormente habría sido rey de los geto-dacios. Por último, Decébalos era rey dacio, aunque también reinaba sobre algunas tribus getas, por lo que podría aplicársele la denominación de “daco-geta”, si bien resulta preferible la de “dacio”.



Mapa geográfico del espacio carpato-danubiano.

